

En la zona **roja**

Por CLAUDIA SUÁREZ FERNÁNDEZ, estudiante de Periodismo
Foto Cortesía del entrevistado

Tal vez el 22 de marzo de 2020 fue un día normal en el calendario, sin embargo, para el médico riocautense Yasel García Hernández, esta fecha inició una nueva etapa en su vida tras su ingreso a la brigada Henry Reeve para apoyar el combate contra el coronavirus en México. Allí, conoció el valor supremo del amor al prójimo y se convirtió por segunda vez en un servidor de la humanidad.

"Trabajé en un servicio de emergencia en el Hospital de especialidades Dr. Belisario Domínguez, de la Ciudad de México, que se dedicaba únicamente a atender a pacientes con síntomas respiratorios.

"A pesar de haber estado en Bolivia, mi experiencia en la brigada fue única, pues el servicio médico mexicano es totalmente diferente al nuestro, que es preventivo. Aquí, en la comunidad, mediante las pesquisas, conocemos quién está enfermo y rápidamente lo aislamos.

"En México no sucede igual, muchas veces el paciente está convaleciente en su casa y cuando acude a un hospital, llega con la salud muy deteriorada".

García Hernández relató la amarga experiencia de ver perecer a colegas mexicanos de 45 y 46 años, además de embarazadas y jóvenes.

"Estuve en la zona roja, un sitio donde se encontraban los casos más complejos. Todas las salas funcionaban como terapia intensiva con 15 camas, con pacientes graves y futuras madres".

Con el mayor cuidado posible trabajaban 24 horas y descansaban 48, llevando los trajes durante seis u ocho horas seguidas.

"Todos los cubanos nos apoyábamos, pero también recibíamos ayuda de los profesionales mexicanos, pues ellos tenían más tiempo lidiando con la pandemia".

En el centro de especialidades hubo días que fallecían 20 o 30 pacientes, pero con el arribo de la brigada a México, los números se redujeron.

"Los mexicanos muchas veces se atienden en clínicas privadas, compran el medicamento y se van para sus casas, lo cual dificulta una intervención oportuna para mejorar su estado de salud", asegura García Hernández.

Al concluir la entrevista, el joven médico comentó que en ocasiones existió el miedo, pero a pesar de



ello, supo responder con valentía a su misión y aseguró que no dudaría en estar en la zona roja nuevamente.

Precauciones y retos en los círculos infantiles

Texto y foto OSVIEL CASTRO MEDEL

Piense usted por un momento en esta escena: un niño de un año en un círculo infantil. Lo imaginará queriendo quitarse constantemente el nasobuco, o hasta "atormentado" por el uso de ese aditamento protector.

Y es que enfrentar el coronavirus en esas instituciones educativas no es tan fácil, como cualquiera desde la distancia pudiera suponer. Resulta un proceso complejo, un reto en mayúsculas.

"Nuestras educadoras están haciendo un esfuerzo colosal, porque se trata de un cambio, de un elemento nuevo y en algunos casos de sobrepasar un obstáculo que puede atentar contra objetivos educativos; pero el principio es que los niños tengan la máxima protección", comentó Silvia Remón Lastre, jefa del departamento de Educación de la Primera Infancia en Granma.

Ella reconoció que algunos padres expresaron preocupación por la resistencia mostrada por los hijos cuando deben cubrirse la boca y la nariz como medida preventiva. "Hay comprensión general sobre lo contagiosa que es la enfermedad; de ahí que tales inquietudes surjan al buscar una orientación para persuadir a los pequeños", añadió.

En Granma funcionan 37 círculos infantiles, que acogen a más de siete mil 300 niños. Y en todas esas instituciones existen medidas restrictivas, como la de no permitir el paso de los padres a los salones, algo "chocante" al principio, tanto para los chicos



como para sus progenitores, pero que fue perfectamente comprendido en poco tiempo.

La instalación de pasos podálicos, la desinfección de las manos, la prohibición de crear concentraciones de infantes y el distanciamiento físico, son otras de las normativas establecidas en estos centros.

"Estas edades son decisivas para la vida. La mayor adversidad para nuestras más de mil 200 educadoras radica en los niños menores de tres años, pues en esas edades están apren-

diendo a expresarse, son rebeldes, no tienen plena conciencia y tienden a hacer resistencia a algunas de estas medidas", dijo Remón Lastre.

Claro, no todos los niños reaccionan igual. Roxana Guerra Hidalgo (dos años) y Rocío Guerra Hidalgo (tres), del círculo bayamés Pedro Pompa, son las primeras que exigen a Anaisis, su mamá, el nasobuco, y hasta se contentan cuando lo portan. "Las medidas que se han adoptado son necesarias, seguramente cuando la situación epidemiológica cambie, iremos retornan-

do a la normalidad", expuso esta madre.

Para los maestros de preescolar el desafío también es inmenso. Por ejemplo, como señala Odalis Urquía Santos, jefa del Departamento de Educación de la Primera Infancia en Bayamo, uno de los propósitos fundamentales de la enseñanza es el análisis fónico, pero si los pequeños tienen la boca y la nariz cubiertas resulta demasiado difícil tal meta, porque la pronunciación cambia.

Por su parte, Madelaine González González, educadora del círculo infantil bayamés Semillitas del Alba, considera que el camino se dificulta, pues como los pedagogos también deben usar nasobucos los niños no pueden fijarse en la articulación de las palabras y eso complica el aprendizaje.

"Igualmente, necesitamos ver cómo articulan, tanto en El mundo de los objetos, como en Lengua Materna. Hay que tener más paciencia, acudir a métodos más persuasivos e implementar ejercicios que puedan hacer en sus casas", recalca.

¿Se pudieran modificar estas barreras? Probablemente sí, pero eso llevaría a tener menos percepción de riesgo. Por ahora es preciso mantenerlas, aunque no basta con su cumplimiento en los círculos infantiles. Poco hacemos si llevamos a nuestros niños a concentraciones o si en la calle andan sin nasobuco. Las precauciones deben ganarle a cualquier actitud temeraria.